

Mar S-Cascado. HONG KONG

La primera ministra japonesa, Sanae Takai-chi, se aseguró este domingo una victoria holgada en las elecciones anticipadas a la Cámara Baja, al mando de un Partido Liberal Democrático que, junto a su socio Ishin, traspasó con amplitud la barrera de los 300 escaños y se situó por encima de la mayoría de dos tercios del hemiciclo. Con ese resultado, el oficialismo no solo blindó un mandato sin sobresaltos frente a una oposición dividida e incapaz de articular una alternativa de poder, sino que consolidó la apuesta de Tokio por un conservadurismo nacionalista que prioriza la disuasión frente a China y se apoya en una alianza estrecha, reforzada y explícitamente respaldada por Estados Unidos.

Esta conquista no solo certifica la extraordinaria resiliencia del PLD, esa máquina política que ha controlado Japón con mano de hierro desde finales de la Segunda Guerra Mundial –salvo breves paréntesis–, además expone, una vez más, la gran disfunción del sistema. Un calendario electoral hiperractivo que convierte la gobernanza en un ejercicio permanente de supervivencia táctica, postergando sine die las reformas estructurales que el país necesita con urgencia.

El diagnóstico lo firma el profesor Masato Kamikubo, de la Universidad Ritsumeikan: Japón sufre un auténtico "exceso de urnas". En la última década se han convocado cuatro elecciones parciales en la Cámara de consejeros y tres disoluciones anticipadas de la de Representantes.

Este ritmo asfixiante transforma la democracia en una campaña continua, donde cualquier medida impopular -consolidación fiscal, desregulación profunda o reestructuración laboral- queda automáticamente descartada por el miedo al castigo en las próximas citas con las urnas.

Su receta económica, bautizada como «Sanaenomics», despliega un estímulo fiscal de 21 billones de yenes en cupones electrónicos y transferencias directas para paliar el mordisco de la inflación en los hogares. Se presenta como una evolución del Abenomics, conserva la apuesta por el gasto expansivo, pero incorpora una estrategia de crecimiento más ambiciosa, con fuerte inversión pública en inteligencia artificial, semiconductores, computación cuántica y exploración espacial —sectores

► **La primera ministra nipona afianza su poder** parlamentario con un programa económico expansivo y una estrategia de seguridad alineada con Estados Unidos frente a China

Takaichi logra una histórica mayoría absoluta en Japón

donde Japón quiere recuperar liderazgo tecnológico y reducir su vulnerabilidad estratégica.

Sin embargo, los analistas más rigurosos coinciden en que sigue siendo una solución parcial. No ataca los grandes tumores estructurales de la economía nipona con salarios reales congelados desde hace tres décadas, una deuda pública que supera el 260% del PIB —la más elevada del mundo desarrollado— y un envejecimiento demográfico que reduce la población activa año tras año y amenaza la sostenibilidad del sistema de pensiones.

Internamente, la primera ministra Takaichi encarna un conservadurismo social ultraortodoxo que ha buscado reconquistar el voto fugado hacia populismos emergentes como Sanseito. Opuesta al matrimonio homosexual, a los apellidos separados en parejas y a la sucesión femenina en el trono imperial, defiende roles tradicionales para las mujeres – «buenas madres y esposas»– aunque con guiños pragmáticos como subsidios a fertilidad o educación sobre menopausia. Su gestión migratoria –impuesto de salida elevado, visados caros, requisitos lingüísti-

cos estrictos ante 42,7 millones de turistas y 3,9 millones de residentes extranjeros en 2025— equilibra necesidad demográfica con un «Japón primero» que canaliza ansiedades amplificadas en redes.

El núcleo duro del proyecto

El resultado supone un apoyo a su giro militarista y su apuesta por el eje con Washington

Takaichi no está en las promesas de alivio fiscal, sino en una geopolítica de confrontación directa. Su historial revisionista –con visitas repetidas al santuario Yasukuni, que rinde homenaje a criminales de guerra condenados– es seña de identidad. Y lo demostró al declarar sin ambages que un conflicto armado en Taiwán sería una «amenaza existencial» para Japón, una fórmula que activa de facto los resortes de defensa colectiva y envía un mensaje de disuasión explícita a Pekín.

En el nuevo orden mundial cada vez más fragmentado y competitivo, el país del Sol Naciente se convierte en el pivote asiático de la contención china como puente entre una potencia estadounidense en declive relativo y los aliados europeos, pero claramente superdotado a la agenda transaccional de Trump. Esta estrategia eleva exponencialmente el riesgo de errores de cálculo en el Mar de China Oriental, en las islas Senkaku/Diaoyu o en el Estrecho de Taiwán, escenarios donde una escalada podría desencadenar un conflicto de dimensiones globales con costes económicos devastadores para las cadenas de suministro mundiales.



La primera ministra japonesa Sanae Takaichi